

RENATO D. ALARCÓN GUZMÁN

LA RENOVACIÓN UNIVERSITARIA EN EL SIGLO XXI: PROMESAS, REALIZACIONES Y DESAFÍOS

INTRODUCCIÓN

La historia –disciplina que es relato y reflexiones, inventario de hechos y catálogo de personalidades– basa, sin embargo, su vigencia en ingredientes más sutiles y hasta inasibles: significado de acciones puntuales extendidas en el tiempo, convergencia de momentos transitorios y principios casi eternos, eventos memorables a lo largo de generaciones que los recuerdan con fervor o dolor, con amor y ternura o con rencor y despecho. Queda claro que Protágoras se equivocó al afirmar que, como hacedor de la historia, el hombre era “la medida de todas las cosas”. En realidad, historia es la constante búsqueda colectiva de una salida de la oscura caverna platónica en la que todo es imperfecto y en constante cambio, donde la vida es vivida sobre la base de conjeturas e ilusiones, hacia el “dominio del ser”, donde se intenta comprender el mundo inteligible de la verdad, poblado por conocimientos y virtudes, realidades y significados. Tal vez, por todo ello, la historia se define como indetenible; continúa su camino dejando huellas que sus artesanos (los historiadores) tratan luego de articular y explicar, de encontrar y otorgarles sentido en medio de realidades transformadas ya

–precisamente– por el paso del tiempo, su caótico orfebre.

La fundación de la Universidad Peruana Cayetano Heredia hace 53 años posee, como todo evento histórico, aquellas características. No fue obra de un hombre, sino gesta colectiva que cambió sustancialmente la realidad universitaria del Perú en su momento. Fue un esfuerzo denodado y exitoso por salir de un oscurantismo académico politizado y furioso, disfrazado de demagogia y leguleyadas, en busca de una luz propia guiada por verdades eternas e incambiables. Planteó desafíos frontales a la mediocridad imperante y reivindicó principios que algunos daban por perdidos. Cayetano Heredia documentó su gesta con acciones de desprendimiento y sacrificio, lecciones de dignidad y porte moral, de coraje y fortaleza espiritual. En cinco décadas, ha creado senderos inéditos de ciencia y humanismo, de investigación y docencia; ha crecido y experimentado los goces y las crisis de tal proceso. Ahora, ha arribado al siglo XXI portando, con entereza, su inventario de aciertos y realizaciones y su bagaje de errores por corregir, la necesidad de reafirmar sus verdades y de enriquecer el precioso portafolio de sus esperanzas.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DE LA RENOVACIÓN UNIVERSITARIA

El 16 de noviembre de 1964 –poco más de 3 años después de la fundación de la Universidad Peruana de Ciencias Médicas y Biológicas y del comienzo de las actividades de la Escuela de Graduados “Víctor Alzamora Castro”, y 29 meses después del dictado de la primera clase a alumnos del primer año de Premédicas–, el Consejo Universitario de la ya por entonces llamada Universidad Peruana Cayetano Heredia, presidido por el Rector, Dr. Honorio Delgado, aceptó la propuesta del Dr. Mariano Querol, profesor de Psiquiatría, para constituir una comisión “encargada de redactar lo pertinente a la historia, esencia, significado y proyección” de la institución. La comisión sería presidida por el proponente y el Dr. Leopoldo Chiappo, Director de la sección Premédica de la Facultad de Humanidades y Ciencias Biológicas, y contaría con la participación de profesores de todas las facultades, escuelas, institutos y centros de la universidad, así como de estudiantes de la misma. La comisión se constituyó en pocas semanas, y contó con un total de 21 miembros: 9 docentes de la Facultad de Ciencias y la sección Premédica, 9 de la Facultad de Medicina y 3 estudiantes (dos que estaban cursando el quinto año de Medicina; y 1, el tercero).

La comisión laboró febril y entusiastamente por espacio de 19 meses, en los que se reunió puntualmente los jueves por la noche, entre 8 y 11 p.m., en la casa del Dr. Querol. Las

discusiones fueron una inspiradora jornada de pasión principista, veracidad histórica, rectitud ética, seriedad científica, buen humor y bonhomía. Hubo plena conciencia de que no se trataba solamente de un recuento de anécdotas o hechos documentados, ni de un vistazo actualizado al quehacer de la naciente institución. Era, más que nada, un esfuerzo conjunto de articulación de las ideas que dieron forma a una renuncia masiva sin precedentes en la historia de instituciones universitarias a nivel mundial, en defensa de principios alturados de integridad académica y de comprensión plena de una misión dedicada al saber y a su constante mejora. Se trataba de otear el futuro con objetividad y razón, pero también con esenciales ingredientes teleológicos y aguzadas dosis de posibilidad y esperanza. A final de cuentas, se contaba ya con un nombre, con logros iniciales meritorios, con el respeto y la admiración de la comunidad; y, sobre todo, con la convicción de que lo hecho hasta entonces había sido y era obligación ineludible en el momento histórico que nos tocó vivir. Los objetivos de nuestra misión eran claros: sentar las bases y los principios sustanciales de una universidad renovada y auténtica en la escena académica de un Perú medio siglo más joven. En junio de 1966, la Comisión presentó a las autoridades de la universidad un documento de trabajo que sirvió de base para la nueva “Estructura de la Universidad Peruana Cayetano Heredia”, aprobada por el Consejo Universitario en su sesión del 7 de marzo de 1967. Más allá de los pasos administrativos pertinentes, sin embargo, y relevante para los

propósitos de este ensayo es el hecho de que el documento original adquirió la forma de un muy pequeño volumen, publicado por primera vez en setiembre de 1967, titulado “Planteamientos fundamentales de la renovación universitaria”. A continuación, examinaremos brevemente su contenido y su significado, 53 años después de la fundación de nuestra universidad. Debe reiterarse, en este contexto, que título, texto y autoría del documento son producto solidario de aquella comisión, no obra de un editor espontáneo.

ESENCIAS, PRINCIPIOS Y BASES DE LA UNIVERSIDAD RENOVADORA

La Renovación Universitaria se definió como un movimiento libre y solidario de profesores, estudiantes y exalumnos, dirigido hacia la superación y la mejora continuas y permanentes de las estructuras y los propósitos de la institución universitaria, en modo tal que sus realizaciones culturales redunden en beneficio de la comunidad social. El énfasis central de este movimiento intergeneracional se da en la vigencia real de valores, en la creación de una atmósfera conducente a logros concretos y trascendentes. La Renovación Universitaria se había venido forjando en San Fernando a lo largo de varios años, sobre la base de trabajo conjunto, consistente y comprometido con necesidades reales de saber y de saber hacer. Informado por conocimiento y ciencia, su objetivo y sus métodos divergían totalmente de la demagogia inconducente, de la política partidaria muchas veces dogmática y tumul-

tuosa e intolerante, del resentimiento cerval o de la adherencia a *slogans* y declaraciones trasnochadas –engendros mediatizados de la llamada Reforma Universitaria de la segunda década del siglo XX–.

No sorprende, pues, que la Universidad Renovadora se haya planteado tres esencias fundamentales. Una *esencia cultural* estuvo orientada a la conservación, trasmisión e incremento de un patrimonio que es a la vez legado y desafío, del que la comunidad humana convocada por la entidad universitaria es depositaria y agente activa. Aunando geografía, comunidad y la época en que le corresponde actuar, esta esencia cultural confiere trascendencia a una institución que entiende a la historia como llamado y como destino. La universidad no es museo ni monumento, no es cámara de ecos ni fábrica de diplomas: es cultura en su acepción más multidimensional y más profunda.

La *esencia formativa* de la universidad entraña una labor educativa en el plano individual, dotada al mismo tiempo de orientación y entrega al quehacer grupal. Si se acepta que profesión es no solo competencia técnica sino también obligación y compromiso, la formación profesional refleja, desde una perspectiva renovadora, una misión inmanente y teleológica, y otra contingente y pragmática. Aquella otorga al profesional una visión humanística e integradora, en tanto que esta le da finalidad concreta, instrumentos de alcance variado y mensurable.

Como resultado (que es, a la vez, escenario) egregio de las esencias precedentes, emerge la *esencia social* de la universidad. Tal vez, esta es la más compleja, porque lleva el sello de servicio a la comunidad en la que opera. Un afán indeclinable de enseñar, aprender a investigar por parte de los miembros de la Universidad Renovadora representa tanto lo mejor del entorno social en el que se desenvuelve cuanto el deber de contribuir a su superación. La coordinación de estos aspectos y la asignación equilibrada de responsabilidades y obligaciones tienen un definido trasfondo social, compartido e integrador, un componente nato de diálogo e integración.

Los principios rectores de la Renovación Universitaria responden claramente a aquellas esencias. No extraña que el primero de ellos sea el *principio cultural*, es decir, la promoción de un nivel académico superior, que sea a la vez creativo, honesto y democrático, un auténtico centro generador de progreso social. A su lado, se sitúan el *principio humanístico*, orientado al desarrollo perfectivo de hombres y mujeres con respeto a la dignidad de la persona humana, a la libre discusión de las ideas y al avance armónico. Asimismo, se encuentra el *principio corporativo* de la vida universitaria, no como ente elitista o posesivo, sino como depositario de la *philia* o amistad de los miembros de una comunidad que, a su turno, nutre al *principio de servicio comunitario*. Se completa así una primera estructura básica de la institución que intenta ser edificio inmanente de libertad, sabiduría y justicia.

Es, sin embargo, el *principio de la autonomía universitaria* el que refleja mejor la materialización de las esencias y de los primeros cuatro principios. La autonomía entraña derecho y deber decisorios, no sujeción a reglas burocráticas o dictados partidarios; ámbito de competencia legítimamente académica, no escenario de posturas demagógicas o pronunciamientos omnipotentes; y capacidad de ejecución sobre la base de mecanismos propios, no a interferencias bastardas. En la cúspide de estos enunciados, el *principio de renovación*—la semilla fecunda de la nueva universidad—postula una continua revisión crítica y una proyección institucional. Más allá de condiciones histórico-culturales determinadas, ello refleja el ser de la universidad como depositaria de promesas y posibilidades, y como motor de su plena materialización.

El “manifiesto” de la Renovación Universitaria que estamos resumiendo incluyó, también, las *bases* del movimiento, es decir, acciones definidas en procura de realizaciones concretas. Una política institucional clara y coherente, una organización integrada, un *currículum* coordinado y adaptable, un gobierno institucional funcional y flexible son bases que conducen aún a otras. Entre ellas, destacan un número de alumnos adecuado a la efectiva capacidad pedagógica de la institución, recipiendarios de una formación cultural, humanística y científica, así como elementos indispensables de un sistema tutorial de orientación y consejo vocacional maduro, practicado con el ejemplo de docentes

genuinamente motivados. Los métodos de valoración académica tienen también la característica original de su aplicación, tanto a los estudiantes como a los profesores, en el trabajo dual de enseñanza y aprendizaje. La evaluación debe ser permanente y servir como base objetiva en la selección, promoción y adiestramiento docentes. En este contexto, puede decirse que Cayetano Heredia representó también un claro desafío a la estructura “feudal”, eternizante y mediocre de las clásicas cátedras universitarias.

La búsqueda del solaz espiritual, el cultivo armónico del propio cuerpo, el establecimiento de una estrecha comunicación interpersonal entre profesores y alumnos, el cultivo de un espíritu solidario y la forja de un sano sentido de competencia constituyen el núcleo de actividades extracurriculares que, no tienen por qué interferir con la marcha académica *per se*. Estas se complementan con actividades extramurales, que dan forma a la proyección de servicio a la comunidad, de enseñanza y divulgación, de investigación socialmente orientada y de extensión cultural. La Renovación Universitaria postula la planificación, la tecnificación y la apropiada orientación de estas actividades.

En el terreno administrativo, una regulación planificada de la vida económica y funcional de la universidad es componente sustancial en la generación y el uso de recursos, una y otro encargados a personas competentes en comités o grupos de trabajo con funciones ejecutivas debidamente establecidas. El objetivo final es

el logro de una organización estable, flexible, eficiente y éticamente responsable. Esta actividad busca, también, el apoyo de sectores sensibles de la comunidad pública y privada claramente informados de la misión universitaria.

La selección y la admisión de estudiantes debe seguir normas técnicas objetivas, imparciales y justicieras, que evalúen adecuadamente la calidad, logros y promesas de los postulantes en los terrenos epistemológico, moral y social. La Universidad Renovadora proclama el fin de todo tipo de prejuicios, la aceptación plena de futuros alumnos en función de su calidad y de sus aspiraciones. El alumnado debe dedicarse, en lo posible, a tiempo completo, apoyado por mecanismos definidos sobre la base de necesidades reales; el concepto de “asistencia libre” generó un margen de riesgo altamente dañino en términos de dedicación y vocación. A su vez, los docentes universitarios deben dedicar proporciones sustanciales de su tiempo a la misión académica: combinar posibilidades con opciones alternativas dentro de una categorización adecuada. En cuanto a la selección de profesores, esta debe ser tan clara y objetiva como la de los estudiantes; se debe explorar y evaluar la motivación docente, intereses heurísticos, rendimiento profesional y características éticas y personales. Tanto los estudiantes –una vez convertidos en exalumnos– como los docentes (aun los jubilados) han de continuar manteniendo una vinculación estrecha y saludable con la institución universitaria.

Las bases de la Renovación Universitaria incluyen, también, estipulaciones del carácter estrictamente universitario de las organizaciones estudiantiles. Las mismas, aparte de su alejamiento de consignas partidarias o de arrestos sindicales, deberán constituirse en entidades unitarias, libres de estructuras formalistas o de atomizaciones burocráticas, con sistemas electorales transparentes y atribuciones informativas, petitorias y consultivas bien definidas. El llamado “sistema de asistencia corporativa” de la institución refiere a la posesión y uso de recursos institucionales, que—distribuidos convenientemente—permiten una adecuada asistencia social y económica a sus integrantes. Estos, a su vez, compenetrados de una sólida conciencia de colaboración y voluntad de servicio, han de participar activamente en pro del bienestar colectivo. Base crítica en el cumplimiento de estos objetivos es, sin duda, un sistema de comunicación interpersonal e intrainstitucional, que optimice la relación entre profesores, alumnos, empleados, graduados, exalumnos y amigos de la universidad. Este sistema ha de extenderse, también, al ámbito de la comunidad en la que la institución se desenvuelve.

La base final, el corolario de esta declaración, es la libre aceptación de las obligaciones y de eventuales penalidades o sanciones si aquellas son transgredidas o incumplidas. La pertenencia a la universidad es un acto de libertad, como lo es la aceptación de derechos y obligaciones de la condición de ser universitario. Una mentalidad auténticamente solidaria

y un accionar genuinamente ético constituyen pilares insustituibles y resultados elocuentes de aquel acto de libertad.

LAS REALIDADES DEL SIGLO XXI

No cabe duda de que el mundo exhibe hoy, transcurrida casi una década y media del siglo XXI, una fisonomía totalmente diferente a la de hace cincuenta años, al momento de la fundación de nuestra universidad. Los cambios han sido particularmente acelerados en las últimas tres décadas, lo cual ha abarcado todas las áreas de la actividad humana; y, con ella, la de instituciones que le sirven de escenario y de laboratorio. Puede suponerse que la universidad, como depositaria de conocimientos y sabiduría y como ejecutora de tales acciones, debe estar a la vanguardia de los cambios; sin embargo, aun si ese no es el caso ha reflejado frontalmente su naturaleza e intensidad. Examinémoslos en cinco contextos: político, demográfico, socioeconómico, científico y cultural. A partir de ello, luego, exploraremos su impacto en la universidad, y el papel de esta en la regulación y/o el manejo de los cambios mismos en el pasado inmediato y —más importante aún— en el futuro cercano y distante a nivel universal.

En el terreno político, los cambios y los realineamientos ideológicos determinados en parte por el desmembramiento de la antigua Unión Soviética, su actual encarnación de un autoritarismo de corte nostálgicamente zarista y la emergencia de China e India como

potenciales protagonistas en la escena mundial, han generado una multitud de trabajos académicos por parte de *scholars*, historiadores y pensadores de diferentes perspectivas. Movimientos revolucionarios, el ataque suicida que destruyó las Torres Gemelas en New York y mató a más de 3000 personas el 11 de setiembre de 2001, guerras fratricidas de corte eminentemente religioso en el Oriente Medio, genocidios grotescos en África y Asia, el interminable conflicto árabe-israelí, la relampagueante Primavera Revolucionaria de Túnez a Libia pueden parecer eventos lejanos en relación con América Latina. Sin embargo, en verdad, han tenido repercusiones claras en nuestro continente a lo largo de estas décadas, sea en la forma de una revolución socialista en Cuba o en la de “guerras sucias” y miles de desaparecidos, la irrupción de nuevos mesianismos o los tímidos intentos de una integración todavía distante.

Guerras y disensiones internas y externas en el plano político son solo un factor en la variedad de cambios demográficos, determinados –en buena medida– por procesos migratorios masivos dentro de países o regiones, pero también entre continentes tan variados como distantes. La pobreza o la búsqueda de mejores oportunidades son también motor de este fenómeno, cuyo producto puede ser la diversidad étnica hoy vigorosa en muchísimos países, pero cuyos ominosos subproductos son la existencia de minorías sistemáticamente postergadas, la creación (y multiplicación) de guetos de miseria y violencia, el

paisaje inestable de relaciones intergrupales que, en pleno siglo XXI, tienen poco que las distinga de los conflictos tribales de trescientos a cuatrocientos años atrás. El costo humano del fenómeno migratorio es particularmente traumático en América Latina, donde el tráfico de niños y adolescentes entre Centroamérica, México y Estado Unidos, por ejemplo, deja estelas lamentables de crueldad y tragedia.

Todo lo anterior tiene obvias *implicancias socio-económicas*, cambios que –paradójicamente y a pesar de proclamas en contrario– han acentuado las inequidades, han incrementado el poder de minorías en posesión de riquezas desmesuradas; y, con ello, los abismos que separan dramáticamente a oligarquías de mayorías inmensas pero impotentes de la población mundial. Con todo su potencial económico-financiero (o, tal vez, debido a él), China e India confrontan estas desigualdades en un marco desasosegante de corrupción e intrigas palaciegas. Potencias económicas como Estados Unidos se ven acorraladas por inversionistas asiáticos o europeos orientales, recurren a la mano de obra barata del *outsourcing* y confrontan crisis económicas que, desde mediados de la década del 2000, ha minimizado la capacidad económica de hasta seis países europeos. Paradójicamente, tres o cuatro países latinoamericanos (el Perú, entre ellos) parecen haber crecido económicamente durante los años de la crisis, en un fenómeno que parece haber dejado de ser solo una ilusoria “burbuja”, aun cuando la explicación final aún no ha sido formulada.

La efervescencia de continuos avances científicos ha sido característica casi definitoria en el último medio siglo. No se trata únicamente de nuevas fases en la exploración espacial, sino –más terrenamente– de realidades, como los cambios climáticos a nivel global que ya están generando inquietud e interrogantes de difícil respuesta. Se trata, también, de logros en el campo médico: la materialización del genoma humano o los cada vez más definidos alcances de la neuroimagenología como recurso tecnológico en el diagnóstico y el tratamiento de numerosas condiciones clínicas, por citar solo dos. Los sofisticados mecanismos descritos por las Ciencias Básicas (Física, Química, Genética y todas sus variantes y ramificaciones) o los cada vez más complejos hallazgos de las Ciencias Sociales (Antropología, Sociología, Epidemiología, Historiografía, Arqueología, etc.) reflejan de manera elocuente la magnitud de esta nueva realidad a la que se ha ido llegando en poco más de medio siglo.

A manera de colofón, puede afirmarse que todos los anteriores han dado lugar a una lógica secuela de cambios culturales, es decir, nuevas formas de concebir la raza humana, su identidad, sus logros, su destino; nuevas versiones de lo que fuimos, somos y seremos, de nuestro élan religioso/espiritual o agnóstico/ateo; nuevos y cambiantes estilos de lenguaje, modismos, interpretación y uso de creencias y tradiciones; nuevas formas de arte, de su significado, su difusión y su trascendencia. Si la diversidad es un sello característico de la nueva realidad universal, ella encuentra,

casi paradójicamente, expresiones nuevas de acercamiento (distorsionado y hasta caótico si se quiere, pero indetenible y orwelliano) a través de nuevos medios de comunicación electrónica, redes sociales de dimensiones descomunales y alcances aun incalculables. Sin duda, todos los cambios enunciados arriba convergen o adquieren una textura más o menos compartida en el ámbito de la cultura y con él en la vida, concepción y funciones de una universidad que aspire aún a considerarse tal.

El fenómeno llamado “globalización” ostenta la ambigua distinción de resumir en última instancia todos estos cambios y ser, al mismo tiempo, objeto de enconadas disputas o cuestionamientos. Lo que para algunos es una oportunidad de nuevas formas de comunicación y acercamiento y progreso compartido, para otros, es solo una oportunista maniobra de reafirmación de hegemonías político-económicas de viejo cuño. La tecnología y sus avances constituyen la maquinaria arquitectónica de esta globalización; las migraciones de toda índole son su lubricante de flujo raudo y, muchas veces, desordenadamente cauteloso. Sea cual fuere el mecanismo, el fenómeno y su estudio son, hoy, elementos claves del quehacer universitario a nivel universal.

CAYETANO HEREDIA, LA UNIVERSIDAD RENOVADORA EN EL SIGLO XXI

El cuestionamiento de si universidades como Cayetano Heredia deben orientar su labor

a la exploración y el estudio preferente de estos cambios globales puede ser válido para aquellos que las sitúan como instituciones académicas fundamentalmente dedicadas a realidades nacionales o locales. La respuesta a tal planteamiento, sin embargo, es que no hay y no debe haber contradicción alguna en la tarea de otear el mundo y servir al país, de conocer lo que ocurre en otras latitudes, compararlo a nuestra realidad y adoptar la actitud crítica y constructiva de quien reconoce al Perú como entidad autónoma y como ente solidario, como realidad diferente en un paraje inmenso de un mundo aún más inmenso. *Universitas* es más que una raíz etimológica; es una vocación y un compromiso. En última instancia, lo concibieron Delgado y Hurtado en el vértice de su visión histórica, en la decisión crucial de la jornada que se inició hace 53 años.

¿Puede y debe entonces la Universidad Renovadora afrontar los retos del siglo XXI? La respuesta es obviamente afirmativa. Puede, porque sus esencias, principios y bases tienen la textura firme de una madurez que permite reiterar verdades de a puño. Nótese que la palabra *cultura* está presente en todos los enunciados que dieron forma a los planteamientos fundamentales de la Renovación Universitaria. Hay una esencia cultural, un principio cultural y la cultura impregna todas y cada una de las bases del funcionamiento institucional (en formulación de políticas, estructura curricular, labores formativas, valoración académica, métodos de selección de estudiantes, actividades extramurales, comuni-

cación, responsabilidades individuales y colectivas, etc.). La flexibilidad fue y es el ingrediente vigorizador y certero en el proceso de inserción de la nueva universidad en la realidad nacional, porque esta implica adaptación a cambios, armonía de requerimientos burocráticos con realidades cotidianas, posibilidades de superación y disposición para alcanzarla.

En este contexto, la universidad debe afrontar los retos del nuevo siglo, porque es esa su obligación, su responsabilidad frente al país, ante la comunidad académica nacional e internacional, ante sus hoy miles de exalumnos extendidos en la "aldea global", ante la historia. No se trata solamente de la reiteración de una sincera vocación de servicio en la barriada o en villorrios andinos, ni de una enseñanza meramente actualizada de los cambios políticos, científicos o culturales a nivel global y en sus repercusiones peruanas; tampoco, de mantener posiciones de privilegio en *rankings* o escalas de credibilidad, mérito y prestigio. Aparte del imperativo ético que determina genuinas entregas docentes, el deber de la universidad en esta época es una continua búsqueda de excelencia en las tres áreas que hacen de ella conciencia de vocación y llamado de acción: investigación, educación y servicio.

Una universidad que no hace investigación no merece ese nombre. Esta verdad milenaria tiene hoy vigencia aún más profunda precisamente por la magnitud y la variedad de los cambios que el conocimiento humano afronta hoy, que necesita dominar para anticipar el futuro en la

medida en que ello sea posible. Investigación entraña vocación profunda, pero también formación disciplinada, cultivo sistemático, labor de equipo, creatividad y consistencia. Sea en el estudio de realidades político-sociales pasadas o actuales, en la exploración biomolecular o patofisiológica o en la búsqueda de tratamientos nuevos, una investigación bien planeada por una universidad a la vanguardia de la ciencia tiene la trascendencia dual de la que hemos venido hablando: vinculación con el mundo y relevancia para con el país. Alberto Hurtado, Honorio Delgado y sus pléyades lo proclamaron así siempre.

La universidad es templo de sabiduría y enseñanza, no en el tono dogmático de instituciones autoritarias o rígidas, sino con el significado progresista y dinámico que le confiere justamente este siglo de realidades cambiantes, a veces impredecibles. Como tal, la enseñanza, la labor didáctica debe mantener un sello de modernización persistente, de cambio de técnicas e instrumentos didácticos adaptados a audiencias diversas de estudiantes o profesionales en adiestramiento. Los programas curriculares deben estar basados en principios éticos y en competencias básicas, debidamente delineadas, claramente transmitidas y objetivamente evaluadas. El proceso educativo necesita investigación y las aulas son, en sí, laboratorios humanos de experimentos y pruebas, de comprobaciones y nuevos cambios. La continua actualización de pericias pedagógicas, intercambios interinstitucionales bien planeados, la participación activa y claramente establecida

de los propios estudiantes y la utilización de variedad de escenarios y experiencias docentes son elementos que la educación universitaria moderna ha adoptado y debe continuar practicando sin ambages. Enrique Fernández y Javier Mariátegui lo hicieron así siempre.

Tampoco, merece llamarse universidad una institución que no dé a su misión el sello de servicio a la comunidad en la que opera, a la sociedad a la que pertenece, al país y a los grupos humanos que nutren su razón de ser y de hacer. Se trata de un deber elemental que, lamentablemente, algunas entidades que se llaman universidades (en nuestro país y en otros) ignoran o relegan, entregadas como están a intereses pecuniarios o de otra índole. Servicio implica, una vez más, adaptabilidad del conocimiento a realidades concretas, estudio de necesidades y oferta de soluciones técnicas, objetivas y viables. Servicio es contribución consistente de asesoría, consejo, mediación, llamados a la acción, así como también de pronunciamientos calificados, de críticas bien sustentadas o de denuncias de errores u omisiones por parte de otras instituciones en la sociedad de base. La universidad sirve a individuos y a grupos, a sus alumnos y a la colectividad, al país y al mundo. Víctor Alzamora y Hugo Lumbreras transmitieron este mensaje siempre.

CONCLUSIONES

La Universidad Peruana Cayetano Heredia, representante preclaro de lo mejor de la

Renovación Universitaria, la versión peruana de una institución académica que intenta ser consecuente con su propia historia de sacrificio y cambio, de progreso y servicio, el mejor obsequio del Perú a la comunidad universitaria mundial, ha asumido afrontar el siglo XXI con el reiterado examen de su historia y la continua reflexión que este determina. Se trata de una tarea interminable, excitante y promisor. Convoca las hazañas y los sueños de sus fundadores, al tiempo que renueva la vocación y la entrega de sus seguidores. Reafirma lo sustancial de las jornadas de 1960 y 1961, el comienzo del trabajo en 1962 y el quehacer de 5 décadas con resultados que engendran orgullo, pero también nuevos deberes y nuevas responsabilidades. La principal es hacer de Cayetano Heredia una auténtica universidad para el siglo XXI y muchos más.

Hoy, como hace 54 años, la trascendencia de nuestra universidad se basa en que rescató lo que a la institución de aquella época le faltó “de humildad ante la verdad, de pureza ante los objetivos y de dignidad ante la adversidad”. Cayetano Heredia fue la respuesta gallarda a un bagaje cada vez más magro de escauceos dialécticos, la apertura de la institución universitaria peruana a un nuevo porvenir, en travesía nutrida por su propia y sustancial convicción renovadora. Rescató a estudiantes auténticos de una suerte de exilio en aulas convertidas en púlpitos ideológicos o en trincheras derruidas, para mostrarles rutas de realización genuina. Diez veces más numeroso que hace

53 años, el alumnado de Cayetano Heredia exhibe con fidelidad la cambiante demografía de la sociedad peruana; sin embargo, intenta mantener los niveles de calidad académica y las acciones de asistencia económica de su primera época.

La Renovación Universitaria superó “el estático anacronismo” de la Reforma de Córdoba; no reavivó “la voz decadente que quisiera defender dogmas vetustos y reaccionarios”, ni pretendió “agitar la bandera de un mesianismo absurdo... (o) ...levantar la trastienda a intereses extraños a la esencia universitaria”. Representó, en suma, el rechazo a todo conformismo, el propósito de formar no solo profesionales eficientes sino “académicos imbuidos del espíritu creador que es el que enriquece el acervo cultural”.

El reto continúa. Palabras elegantes o elocuentes no son, por cierto, evidencia de logros o proclama de éxitos. La historia juzga los hechos y les asigna el valor que merecen. El mundo de hoy es más complejo, más caótico, tal vez, a pesar de su aura de progreso y sus avances materiales. La universidad a nivel global o a nivel de país tiene el deber de desmenuzar las complejidades, corregir el caos y regular los avances en función de necesidades reales justicieramente evaluadas. La Universidad Renovadora debe enseñar, investigar y servir con la inspiración de sus creadores, con los ingredientes de sus inalienables principios y con las herramientas de su ejemplar historia.